

DE BUENAS LETRAS

Navidad

ARCADIO ORETEGA MUÑOZ
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Fue un día muy atareado. Los ochenta años le pesaban tanto como decía el anuncio que pesaban los kilos. Abrir el viejo arcón de madera con medallones de los Reyes Católicos, volcarse sobre él para sacar las cajas con cintas de colores desteñidas, fue labor ingrata para esas siete de la mañana oscuras y tenebrosas en que inició la tarea. Luego fue resucitando de entre la paja a cada uno de los prototipos de aquel Belén que pusiesen desde el primer año de su matrimonio. Primero sólo el misterio; más tarde los reyes magos; después un sin fin de pastores que se iban incorporando a la comitiva, al grupo que miraba al ángel sobre la gruta, o que alegres se distendían junto al arroyuelo donde lavaban sufridas palestinas. Lo que jamás llegaron a incorporar fue el castillo de Herodes, porque les resultaba odioso alterar la alegría de todos con una amenaza de prepotente presencia. Más tarde, limpió el polvo de todas las figuras con el viejo secador de pelo, como hicieran de an-

tigu. Comprobó que seguía faltando el paje del rey Baltasar y decidió ir a comprarlo cuando se acercara al kiosco para recoger el diario. También miró con lentitud al niño, recordando que de besarlo cada noche sus hijos antes de acostarse, tenía desgastada la pátina carnosa que decoró el artista. Porque eran de barro, pero tenían la impronta de obras nacidas con cariño, eran arte. Se dijo que los artesanos de nacimientos merecían un museo. Mucho antes, por supuesto, que tanto estulto fabricando adefesios. La mañana fue fría. Las calles tenían la impronta navideña y los altavoces de los comercios recordaban los villancicos de siempre. Había chiquillos en los escaparates y puestos en la plaza con horribles pastorcillos de plástico. Envió a varios abuelos que paseaban con sus nietos por entre el tumulto, buscando, tal vez, esa pieza ajada o rota para completar el Belén, como él hizo tantas veces cuando sus hijos le acompañaban, con la ilusión de perpetuar una tradición que no debía perderse

nunca. Tanto que, a veces, despreciaban a alguna familia diciendo, solamente: esos son de los que ponen árbol en Navidad. Dormitó en el sillón antes de hacerse el almuerzo, cansado por el paseo y la actividad de la mañana. Luego, ya entre dos luces, sacó el mantel de hilo con cenefa bordada, los cubiertos de plata guardados entre fieltros, puso la vajilla, aquella que relegaron porque podía destrozar su dibujo el friegaplatos, desplegó la cristalería sobre la mesa, con minuciosidad, con cuidado, como si aún viviese su mujer para decirle lo difícil que sería reponer alguna pieza rota. Puso el centro de flores secas y modificó dos veces la ubicación de los candelabros. Como una Nochebuena más, como hizo en las tantas nochebuenas en las que los seis cenaron temprano para poder después cantar ante el portal, antes de que les diese sueño a los pequeños. Luego miró el reloj, eran las ocho de la tarde. Encendió los candelabros y puso el cassette de villancicos. «La Nochebuena se viene, la Nochebuena se va». Encendió la lámpara de araña y se cambió el jersey de estar en casa por la chaqueta del smoking. «Y nosotros nos iremos y no volveremos más». Dio una última ojeada, comprobando que todo estaba compuesto como a ella le gustaba; y dispuesto para servir la cena. No se sentó a la mesa. Se retiró al íntimo rincón del mirador y conectó el contestador automático al teléfono. Mañana conocería por qué la Nochebuena de su ochenta cumpleaños la pasó sin sus hijos.